

Gracias á sus conocimientos astronómicos, pensó que la naturaleza iba á proporcionarle, precisamente el día en que más lo necesitaba, el medio de infundir pavor á los indios, de aparecer ante ellos como un hombre sobrehumano.

Al día siguiente envió á un indio que le servía de intérprete á llamar en su nombre á los caciques, anunciándoles que tenía que hacerles importantes revelaciones.

Después de convocarlos para el momento en que podría adquirir sobre ellos un nuevo y gran prestigio, aguardó con calma aquella hora suprema.

Capítulo LXII.

Hombres sin alma.

Aquella promesa solemne del almirante, después de tantas escenas de sentimiento, tranquilizó á todos.

Las rápidas emociones del dolor al placer habían producido un efecto maravilloso.

No veían ya á Colón como al aventurero y al ambicioso: lo veían como al jefe más autorizado y digno, y como al padre más solícito y cariñoso.

Todo cuanto sucedía tenía algo de sobrenatural. No es el acaso el que trasforma á los hombres de ingratos y turbulentos en dóciles y resignados.

Es la Providencia, la que después de haberlos sometido á pruebas más ó menos heroicas, quiere premiar las penas y vivificar los corazones angustiados.

Las condiciones del tiempo y de la situación en que se encontraban aquellos desgraciados, no eran las mejores para dejarse alucinar por la impostura.

Era preciso que hubiera algo de grande, de extraordinario y de sobrenatural en aquel que los contuviera y dominase.

Pero abandonemos por un momento á los leales para seguir á los traidores.

No es posible que encontrasen paz ni calma los que más que por su propia conservación, ni la de la gente á que sedujeron, se proponían desprestigiar el poder y amenguar el mérito del almirante, sirviéndoles su derrota de pedestal para sus codiciosos propósitos.

Por de pronto, no había comenzado su fuga, cuando aquellos dos beneméritos se arrojaron al agua para volver como hijos pródigos al seno de aquellas naves abandonadas.

Y ese ejemplo debía ejercer su influencia en las canoas, pues á la gresca y la algazara con que se habían embarcado, sucedió un silencio profundo.

Bien lo conocieron los hermanos Porrás, y por eso todos sus esfuerzos se dirigieron á alejarse precipitadamente de aquel sitio, que podía ser un poderoso atractivo, un gran imán para los hombres á cuyo frente se encontraban.

En aquellos momentos serían ineficaces cuantas promesas pudieran hacer.

Ni su carácter, ni su talento, ni sus virtudes, eran populares entre su gente.

Y es seguro que su bandera no hubiera arrastrado prosélitos, si no hubiesen explotado el descontento de aquellos infelices, que cansados de padecer, y habiendo perdido la esperanza, sólo querían encontrar un pretexto para salir de aquella terrible cárcel.

Su derrotero fué hácia la isla del Oriente, ó sea el mismo que habían seguido Mendez y Fiesco.

En tan funesta situación para los hermanos Porrás, se propusieron halagar á los cuarenta y seis hombres que les acompañaban.

—Nada temáis,—les decía el capitán;—ha llegado para vosotros la hora suprema de la emancipación.

—Ya lo deseábamos,—contestó un soldado, que conociendo la poca autoridad de sus jefes, quería familiarizarse con ellos.

—Agradecednos nuestra iniciativa y nuestros esfuerzos por redimiros, añadió el contador.

—Hemos salvado nuestras vidas y nuestra libertad,—añadió una voz imperceptible.

—Pues adelante,—dijo un sargento.

—Pero estamos escasos de provisiones.

—¡Estaban tan pobres las naves que hemos dejado!

—Pero algo más podía haberse sacado.

—Nos hemos embarcado tan precipitadamente...

—¡Si parecíamos cobardes!

—Al correr tanto, creí que huíamos de un peligro inminente.

—No sé por qué nos dimos tanta prisa.

—Y eso que éramos los vencedores.

—Valian tan poco los que quedaban.

—Si estaban enfermos casi todos.

—Pues hemos hecho muy mal en no habernos provisto con más abundancia.

—No estamos tan lejos, y aún podríamos volver.

—Sería un disparate que nunca consentiré,—exclamó Francisco Martín Porrás,—porque no quiero comprometeros. Considerad que estas canoas no están para idas y venidas.

Estas palabras las pronunció entrecortadas y revelando un medio que no se escapó desapercibido para ninguno.

—Vamos, capitán,—se permitió decirle un subalterno,—yo me comprometo, sólo con doce hombres, á partir para las naves, tomarlas por asalto y apoderarme de todos los artículos que pueden convenirnos para nuestro viaje.

El tono en que se expresaba el subalterno hizo temblar á los hermanos Porrás, y el contador, que si carecía de valor abundaba en astucia, se apresuró á parar el golpe.

—¡Bien por el bravo!—le dijo.—No dudamos de tu valor, y algún día conocerás la particular estimación que te tenemos. Ya contamos con tus bríos; pero los aplazamos para ocasión más oportuna y brillante.

Los que oyeron al sargento sorprendieron en sus palabras un acento de desconfianza en la empresa en que todos iban comprometidos, y un deseo de volver á las naves para pedir perdón al almirante y para

correr con aquel gran hombre todos los peligros que le aguardaban.

Y los iniciadores de la rebelión comprendieron también la actitud del subalterno, y trataron de desfigurarla ante su gente y de halagarla con vanas y mentidas promesas.

—Nada más tengo que decirte, pues mi hermano te ha manifestado nuestros sentimientos,—añadió el capitán.—Y adelante, adelante,—añadió con voz ronca.—¡Adelante! Es preciso que lleguemos pronto á una playa vecina, donde podremos surtirnos de abundantes provisiones.

—Ya las necesitamos; las que tenemos son muy malas y muy escasas.

—Peores hubieran sido si continuamos con Colon. Ya visteis que se concluían, y que no había esperanza de reemplazarlas.

—Estaban apurados los recursos de aquellos indios.

—Es gente tan frugal...

—Se contenta con tan poco...

—Y los que estamos acostumbrados á una gran vida...

—Los que somos españoles...

—Nada, nada; ya que hemos abandonado al almirante por el mal trato que nos daba en el alimento, y por el largo tiempo de cautiverio que llevábamos, es preciso que cambie pronto nuestra situación. Es necesario que empecemos á gozar, ya que tanto hemos sufrido.

—Y el navegar en canoa de indio no es cosa cómoda.

Estas frases, que se cruzaban entre aquellos hombres, indicaban bien á las claras que no estaban dispuestos á sufrir, y que si muy pronto no se satisfacían sus deseos, estarían dispuestos á cometer toda clase de atropellos, haciendo las primeras víctimas en los que los habían sacado de las naves.

—Quiero demostraros el interés que me inspira, —les dijo el capitán Porras; —y ahora mismo vamos á dar un asalto á aquellas guaridas de indios que desde aquí se ven.

—Aprobado, aprobado... y manos á la obra.

Poco tiempo después atracaban entre unas rocas las diez canoas de los rebeldes.

Aunque aquellos indios eran vecinos de los de las naves, y no debían extrañar el encontrarse entre españoles, sin embargo, se sorprendieron de aquella visita intempestiva que venía á turbar su calma, porque instintivamente conocieron que la actitud de aquellos hombres era amenazadora.

—Venimos á saludaros, —les dijeron, —y á pasar con vosotros algún tiempo.

—¿Nos tratareis bien?

—¿Nos dareis buena comida?

—¿Sereis muy obsequiosos con nosotros?

—Somos vuestros amigos.

—Ahí hemos dejado á vuestros enemigos.

—Esos, esos son: los que están al otro lado de aquellas rocas.

—Nosotros os queremos, pero tenemos que cumplir órdenes severas.

—Es preciso que nos surtais de provisiones.

—¿Qué es lo que teneis?

—Vamos á registrar sus chozas, que algo de bueno encontraremos.

—Tenemos poco, tenemos poco, —contestaban los pobres indios.

—Pues nos dareis lo que tengais.

—Pero tenemos hambre, y lo propio acontece á nuestras mujeres y á nuestros hijos.

—Pues nosotros mandamos; tenemos fuerza, y os haremos cumplir con nuestras exigencias.

Si aquellos hombres hubieran conservado un resto de los nobles sentimientos y de las ideas caballerescas que les inspiraba Colón, no hubiesen cometido los inauditos atropellos que cometieron con los salvajes.

Todo cuanto encontraron lo convirtieron en su presa, y para que nada les ocultaran, los sujetaron á los más duros y crueles tratamientos.

Alguno, ménos inhumano, quería descargar sobre Colón el peso de su conciencia, y les decía que ellos no eran los que les arrebataban el alimento; que el almirante era el que les había dado órdenes terminantes de saquearlos. Que no tenían culpa alguna en lo que hacían, pero que su jefe les pagaría todo lo que les arrebataban.

Este era el lenguaje de los ménos malos, de los que aún podían conocer todo el daño que causaban

á gente tan sencilla é inofensiva como los indios.

Les hacian ver que Colon era el mayor enemigo de los indios, y el gran tirano de aquellas playas. Se esforzaron quanto pudieron por desacreditarle y por despertar contra él una saña cruel, hasta el punto de decirles que si no les pagaba lo que ellos habian tomado obedeciendo su mandato, le quitasen la vida.

Aquella gente malvada no tenia corazón para compadecerse. No habia en ella más que un refinado egoismo.

Y cuando las tormentas de la mar pusieron en peligro las canoas, como carecian de lastre para aligerarlas, arrojaban al agua los indios que ménos útiles les eran, conservando solamente los necesarios para el remo.

Eran diestros nadadores aquellos infelices, y procuraban seguir á nado á las canoas, asiéndose á ellas para tom araliento y descansar; pero como esto podia comprometer á los españoles, les herían con el filo de las espadas y les cortaban las manos.

De esta manera inícuca dieron muerte á diez y ocho.

Quando se encontraron los españoles en tierra, discutieron lo que podria ser más conveniente.

Algunos querian ir á Cuba.

Otros quisieron volver á las naves y quitarles las armas y viveres, y no faltó quien quiso reconciliarse con el almirante.

Pero al fin convinieron en intentar de nuevo el

viaje á la Española; y como el tiempo se opuso á sus intentos, bogaron de poblacion en poblacion, cometiendo toda clase de atropellos, y demostrando que el hombre abandonado á sus pasiones, y sin otro móvil que su egoismo, es la más brutal y feroz de las fieras.